

La batalla del petróleo

JOSETTE ALIA

A la izquierda, Carter, mecha al viento, mirada firme y moral de acero. A la derecha, Jomeini, turbante negro, cejas fieras, impenetrable e inflexible, sentado sobre su alfombra. ¿Quién ganará? El mundo cuenta los golpes intercambiados y espera. No sin inquietud. Pues más allá del duelo americano-irani, y sea cual fuere su final, una cosa es cierta: la guerra del petróleo, la auténtica, ha comenzado.

La primera salva se produjo el 11 de noviembre. Ese día, Carter tomaría una curiosa decisión. ¿Que el Irán amenaza con cortar

el suministro de petróleo a los Estados Unidos? Muy bien, los Estados Unidos se adelantan al anunciar que no comprarán más petróleo al Irán. Se entiende mal cómo Carter decide no comprar más petróleo para no verse privado del mismo. Además, tanto la amenaza como la respuesta son falsos pretextos: Norteamérica puede fácilmente prescindir de los 35 millones anuales de toneladas (el 5 por 100 de su consumo anual), que es lo que compra en el Irán. Se los buscará en otra parte, aunque tenga que pagarlos un poco más caros... Por su parte, a Irán no le preocupa lo



LA "GUERRA SANTA"

Morata, o como el cura Papon de la Rusia de 1905, pero que lo que hay detrás es algo enormemente más largo y más profundo. Y que la capacidad de esta ola para modificar el mundo en que nos encontramos es probablemente superior a la de la Revolución francesa o a la de la Revolución rusa, en sus momentos respectivos. Es decir, que toda una construcción de las sociedades occidentales, y probablemente también de las comunistas, depende de una alteración importante de la enorme zona afroasiática. Hay una conciencia clara de lo que está suponiendo ya para todo Occidente el enrarecimiento de la energía, de todos los cambios sociales y políticos que se están produciendo, de la arriesgadísima situación de la economía general. Esto no es más que un principio, si lo que llamamos jomeinismo —y Jomeini, repítámoslo, no es más que una anécdota histórica— sigue adelante.

No es extraño que ante este inmenso riesgo los computadores del Pentágono den resultados de posibilidad de guerra, y las reuniones de Camp David, donde puede que Brzezinski pese más aún que los computadores, vayan hacia ese mismo punto.

Probablemente si la guerra no existe ya no es tanto por el miedo a una posible reacción de la Unión Soviética, que hará todo lo posible por apagar un incendio que la puede contagiar, sino por miedo a las consecuencias directas de una intervención militar en el Irán. Sería, sin duda, la peor de las varias catástrofes posibles. Corea y el Vietnam no serían quizá más que pálidas aventuras antiguas al lado de lo que podría suceder.

El problema esencial está en que los datos de los computadores terminan por indicar que el final del imperio americano podría producirse por esta guerra dólares-petróleo que se ha entablado, y que las soluciones negociadas o que implicasen un principio de pérdida de valores y de prestigio fueran abandonadas. La recomendación que podría salir de algunos de estos computadores es la del principio de la desescalada. Que no puede detenerse en el simple arreglo de la cuestión Sha-rebenes, sino que tendría que seguir un camino audaz hasta iniciar, por lo menos, los primeros pasos hacia una forma de mayor justicia en la distribución de los bienes de esta tierra. ■ E. H. T.



Mujeres iraníes con el tradicional chador se manifiestan ante la Embajada norteamericana en Teherán.



Un nuevo quebradero de cabeza para Carter: en la foto, con el vicepresidente Mondale, seguidos de Cyrus Vance y el secretario de Defensa, Brown.

más mínimo el boicot norteamericano. Desde el día siguiente al del anuncio, las compañías no americanas, en particular las japonesas, se precipitaron con ofertas de compra realmente interesantes. ¿A qué entonces tanto jaleo?

Es, de hecho, una declaración de guerra. Por vez primera, un país consumidor recoge el guante de un país petrolero. Por primera vez, un cliente se rebela. Cuando el cliente en cuestión se llama Jimmy Carter, ello significa que hay que tomar la cosa en serio, y en el mundo del petróleo, nadie se llama a engaño: los Estados Unidos acaban de dar un frenazo que es, al mismo tiempo, el punto de arranque de una nueva política. Comienza la contraofensiva. Ya era hora, dicen los petroleros: la máquina habría dejado de funcionar. Se oían chirriar los engranajes, los frenos no respondían. Todo el sistema económico occidental iba a venirse abajo, privado del aflujo petrolero vital. "Alcanzamos la cota de alarma —afirma un petrolero francés—, y a partir de ahí, todo el Occidente, más allá de las apariencias políticas, se solidariza. Para nuestra supervivencia económica, haremos la guerra, si es preciso".

Llenos hasta rebosar

¡La guerra! Aún no nos falta el petróleo, nuestras casas tienen calefacción, nuestros coches cir-

culan. Es verdad. Seguirán circulando todo el invierno sin demasiados problemas. Porque actualmente no hay escasez petrolera: en todo el mundo, la oferta en este mes de noviembre de 1979 supera —aunque en poco— a la demanda. Este año, los príncipes de la OPEP han alimentado al Moloch occidental: mientras que el consumo mundial sólo ha aumentado en un 3 por 100, ellos incrementaron sus envíos en un 5 por 100: con la diferencia se constituyeron "stocks" que llenan hasta rebosar los depósitos de Francia, Alemania, el Japón y los Estados Unidos. Así que no puede hablarse exactamente de escasez. Pero hay temor de que ésa se produzca, lo que es sin duda más grave.

Este temor comenzó la pasada primavera, cuando la revolución iraní dejó paralizado a un país que era el segundo exportador del mundo. Finalmente, la producción iraní sólo descendió de 300 a 200 millones de toneladas. Pero los nuevos dirigentes del Irán trataron de sacarle a su petróleo unos beneficios máximos. Así, lo comercializaron directamente a un precio elevado en los mercados "spot" de Rotterdam y otros, en condiciones propias del mercado negro petrolero. Así demostraron que podían prescindir de las compañías internacionales para vender directamente a los Estados consumidores, y que era posible superar amplia e impunemente los precios de la OPEP.

A partir de ese momento se



Un helicóptero del Ejército pakistaní sobrevuela la Embajada norteamericana en Islamabad, que acaba de ser incendiada por los manifestantes.

descoyuntó el sistema petrolero internacional. A finales de 1978, la OPEP había elaborado una escala de alzas "fijas" que debían producirse cada tres meses y que representaban un 10 por 100 anual: la escala salta por los aires. Los países consumidores, por su parte, habían decidido en Tokio constituir un "frente del rechazo" petrolero y no comprar nunca a un precio superior al de 23 dólares establecido por la OPEP. Ocho días más tarde, el Japón estaba ya comprando a 35 dólares. Las grandes compañías no controlan más allá del 66 por ciento del mercado en lugar del 90 por 100, como hace dos años, y tienen que hacer frente a la competencia de los pequeños independientes: hay en este momento en el Irán una cuarentena de compradores en lugar de la decena habitual, y el Japón es abastecido en un 50 por 100 por independientes. Semejante proliferación fomenta una tendencia al alza salvaje de los precios. Es verdad que las grandes compañías se defienden todavía y siguen obteniendo superbeneficios, pero es la ley de la jungla, y todo el mundo sale perjudicado. "Hoy echamos de menos el cartel y ya verán cómo mañana echaremos también de menos a la OPEP", predice un petrolero norteamericano.

Las consecuencias de esa atomización del mercado petrolero resultan muy pronto dramáticas. Los precios se disparan: hace un año, el barril de petróleo valía oficialmente 13 dólares. Hoy vale más de 25, y en el mercado "libre" resulta difícil encontrarlo a 40 ó 45 dólares. En esas condiciones, el efecto atractivo del precio "libre" es tan considerable, que resulta difícil impedir a los Estados productores que se conviertan ellos mismos en vendedores directos al precio fuerte. Cada uno de esos países lleva una parte cada vez mayor de su producción al mercado de Rotterdam en lugar de venderla bajo contrato al precio establecido: el 15 por 100 de la producción mundial pasa hoy por el mercado "libre" en lugar del 5 por 100 solamente. Pero lo peor no es ni el alza de los precios ni siquiera la parte cada vez más importante del petróleo vendido en el mercado negro. Lo peor, para las economías occidentales, es la incertidumbre. Nadie sabe ya dónde vamos.

Un ejemplo entre cien: en octubre, un emir del golfo Pérsico convoca al consorcio (una compañía francesa y dos norteamericanas) con el que ha firmado un contrato para la venta de cuatro

LA BATALLA DEL PETROLEO

millones de toneladas al año durante tres años al precio de 22 dólares el barril (850 francos la tonelada). Anuncia que su emirato ha decidido disminuir su producción en un 50 por 100 y que en adelante sólo entregará dos millones de toneladas al precio acordado. Pasan tres semanas. Los petroleros franceses y norteamericanos comprueban que la producción no ha disminuido en absoluto. ¿Dónde va el petróleo? La respuesta se la da el mismo emir cuando, una semana más tarde, les comunica que ha encontrado comprador para sus dos millones de toneladas excedentes a... 1.000 francos la tonelada. "Pero ustedes tienen prioridad si me lo compran a ese precio —añade el emir—. ¿Aceptan?". Los dos norteamericanos responden afirmativamente. El francés consulta a París y declina la oferta. Demasiado caro... Tres días más tarde, Raymond Barre predice con amargura: "El mundo corre hacia la catástrofe".

En efecto, nada funciona ya en esta gran máquina petrolera, privada como está de sus peces piloto. Los contratos, que hasta hace poco, se firmaban por plazos de hasta veinte años; hoy sólo tienen validez de un año y la seguridad respecto a los precios sólo dura dos meses: el tiempo que dura un transporte en petrolero. Incluso durante el viaje todo puede cambiar: recientemente, durante un viaje entre Estambul y Gibraltar, un cargamento de petróleo cambió nada menos que tres veces de propietario... y de precio. A ese nivel de incertidumbre no hay previsión posible para los responsables de la economía. Por el momento, todos parecen ir a lo suyo. Los que todavía pueden pagar —los Estados Unidos, porque fabrican la moneda de referencia; Alemania y el Japón, porque tienen excedentes monetarios—, pagan. Pero, ¿hasta cuándo? ¿Y los demás? La opinión general, en el mundo del petróleo y en el mundo occidental en general, es que hay que acabar con la actual situación, que hay que hacer algo.

Hacer, ¿qué? Los acuerdos entre productores y consumidores no pasan de ser un deseo piadoso. Queda la prueba de fuerza, la guerra. Puede ser técnica, militar o económica.

1. Desde el punto de vista técnico cabría el recurso de inundar el mercado de Rotterdam durante largo tiempo al precio oficial de la OPEP. Sólo hay un país capaz de semejante hazaña: la

Arabia Saudita. No sería fácil. Se calcula que habría de duplicar su producción para hundir el mercado de Rotterdam. Ahora bien, aunque la Arabia Saudita posee inmensas reservas, no tiene capacidad de producción ilimitada. Le harían falta, en el mejor de los casos, dos años para alcanzar la producción deseada.

Pero, ¿se avendría a hacerlo ese país? Con notable constancia, Arabia ha jugado el juego de Occidente y ha respetado sus reglas. Mientras tanto se ha dado cuenta de que de todo ello ha obtenido pocas ventajas y que a cambio ha tenido bastantes problemas: entre otros, una contestación interior que agita peligrosamente a la nueva generación de "managers" saudíes, a los que Yamani llama la "mafia de los jóvenes turcos". Su complacencia para con Occidente terminará tan pronto como corra peligro su seguridad interior, lo que parece ocurrir ahora.

2. La opción militar es tentadora, pero impracticable. Es posible apoderarse de los pozos de petróleo en la Arabia Saudita o en los emiratos, pero el problema

no está en esos países, sino en el Irán, y allí nada es posible. Todos los planes elaborados por el Pentágono durante la última semana (y eran unos cuantos!) han sido descartados. La única opción que queda es el bloqueo marítimo. Los americanos colocarían minas submarinas a lo largo de las costas iraníes para impedir que pudiesen salir los petroleros y que entrasen los buques de abastecimiento. Minas que sólo ellos podrían retirar.

Un arma de doble filo

Pero también en este caso el remedio puede ser peor que la enfermedad. Porque las costas de Arabia Saudita y de los emiratos son en extremo vulnerables, y bastaría que un comando iraní echase a pique un petrolero y que éste se quedara atravesado en el estrecho de Ormuz —como ya ha predicho Yamani— para que todo el Occidente se encontrara sin petróleo. ¡Vaya solución! En realidad, la única "intervención"

posible consiste en sostener las rebeliones interiores —kurdos, beluchos, árabes del Khuzistán— para hacer estallar al Irán. Se dice que la URSS no vería con malos ojos ese desmembramiento de un Irán que sólo crea problemas, a condición de que una nueva Yalta le restituyese la parte Norte, que estuvo un tiempo bajo su control. Pero este proceso es aleatorio y demasiado largo. Carter tiene prisa por actuar.

3. La guerra fría, política y económica parece tener sus preferencias. El boicot petrolero aplicado al Irán y al que los Estados Unidos tratan de arrastrar a sus aliados occidentales. ¿Lo conseguirá? Francia, Alemania e Italia parece que han respondido ya afirmativamente a su petición de que no se aprovechen de las cantidades de petróleo iraní que han quedado disponibles a raíz de la suspensión de las importaciones norteamericanas. Será más difícil convencer al Japón y a los Países Bajos, que dependen en gran medida de los suministros iraníes. La otra carta de Carter es la monetaria. Hace dos jueves "congeló" todas las cuentas iraníes en los Bancos americanos —lo que representa unos once mil millones de dólares—. Para el Irán se trata, sin duda, de un duro golpe. Pero, ¿es imperable?

Seguramente, no. En la guerra que ahora comienza, Irán tiene también algunos triunfos en su mano, y los utiliza. No puede, él solo, enfrentarse con eficacia a los Estados Unidos. Pero, ¿qué ocurriría si Gadhafi, por solidaridad islámica, se uniese al Irán en un embargo petrolero? La respuesta es simple: sería una crisis brutal para todo el Occidente. Del mismo modo, la congelación de las cuentas iraníes puede ser un arma de doble filo. Es verdad que Carter ha tomado sus precauciones y ha "consultado" a sus amigos saudíes antes de la operación. Pero los saudíes no son los únicos que tienen petrodólares. En los medios financieros árabes se instala la inquietud. Una brusca retirada de los fondos árabes o su conversión en valores considerados seguros —como el oro— provocaría un trastorno total del sistema monetario occidental.

Nada está, pues, seguro. Salvo una cosa: Carter y el Irán van a verse enzarzados en una guerra fría si es que no se encuentra ninguna solución satisfactoria. Y todo Occidente corre el riesgo de verse arrastrado a esta guerra. ■ J. A.



Los iraníes en el extranjero se identifican con el régimen de Jomeini. En la foto, manifestación pro ayatollah en Alemania Federal.